

El debate acerca de la educación emocional sigue abierto y ha permeado los distintos espacios del campo educativo. En esta oportunidad el OPPPED comparte dos artículos, uno que es una colaboración del observatorio al portal de Telam en un escrito de Norma Filidoro que invita a re-pensar en los fundamentos de la educación emocional y qué se entiende por emociones, y otro del Prof. Rafael Gagliano que desde una perspectiva histórica nos convoca a reflexionar acerca de qué políticas viene a sustituir este nuevo ciclo de la hegemonía de las neurociencias y la educación emocional.

PEDAGOGÍA, IMAGINARIOS MÉDICOS Y EDUCACIÓN

“EMOJI-ONAL”

Rafael Gagliano

Profesor de Historia. Docente e investigador IICE-UBA. Docente e investigador UNIPE.



Desde los mismos orígenes del sistema educativo nacional, las ciencias médicas intentaron permear, con fuerte vocación hegemónica, el discurso pedagógico. El cuerpo de alumnos y estudiantes, con sus plurales heterogeneidades, constituyó el primer esfuerzo de la época: ordenar, clasificar y vigilar las relaciones de los cuerpos ciudadanos de las nuevas generaciones desveló la ciencia médica decimonónica.

Para el primer liberalismo no eran las emociones, los pensamientos, ni el cerebro el objeto de sus preocupaciones de gobierno: eran los cuerpos impredecibles el centro de su interés ético y político.

En los cuerpos estaban las memorias discontinuadas de la barbarie que aún acechaban, las pulsiones anarquistas de los hijos de inmigrantes y el conjunto mayor del futuro cuerpo de los trabajadores, dóciles a las relaciones sociales del capital.

La metáfora de época inicial de las ciencias biológicas y médicas fue la higiene, un significativo escurridizo que se desplazó del control de cabezas y orejas, a los modos de vestirse, peinarse y presentarse ante otros y desde allí migró hacia zonas de higienismo moral y mental, bordeando también los no siempre reprimidos ejercicios de higiene racial.

Los saberes populares sobre el cuerpo fueron expropiados por las instituciones estatales y de mercado en el primer ciclo del liberalismo argentino.

El cuerpo es estudiado como objeto compuesto de una suma de órganos susceptibles de ser sustituidos por prótesis y pierde toda la significación popular asociada a la identidad personal y la persona humana, su dignidad e integridad. La naturaleza de un cuerpo plural estrechamente unido al mundo y la naturaleza – con sus variadas expresiones genérico-simbólicas- se vio censurado/obliterado en el cotidiano disciplinamiento de escuelas, oficinas y fábricas.

Ese primer triunfo del discurso médico sobre el pedagógico conformó la garantía de otros que habrían de librarse a lo largo del siglo veinte y veintiuno. Como si se tratara de un juego de muñecas rusas, en la compulsión liberal por la higiene de los cuerpos estaba escondida la patologización de los meros síntomas, el control biopolítico de sujetos inscriptos en biomercados, la educación emocional y la lectura de imágenes cerebrales como variantes neoliberales de una utopía olvidada. Las subjetividades medidas y calculadas facilitaban los procesos de construcción de orden social en los cuerpos ciudadanos. Habría una fuerte continuidad liberal/neoliberal en esa variante del furor curandis que constituyó el imaginario médico sobre la educación pública. En las variaciones de la higiene como imperativo de gobierno sobre los cuerpos estaba en germen la medicalización de las conductas de los sujetos en formación y la interpretación banal del fracaso escolar en función de los excesos y desbordes caóticos de las performances corporales.

La pedagogía siempre tuvo que resistir- frente a las colonizaciones médicas y biológicas- luchando en retaguardia y construyendo conocimientos ciertos fundados en la centralidad de la palabra libre y plural inscripta en cuerpos heterogéneos atravesados por deseos y saberes. La escuela, entre la conformidad y la resistencia, produjo un común, trabajado en la intersección de cuerpos, conocimientos y tradiciones heterogéneas. Hubo derrotas, empates y victorias frente a los nuevos vocabularios y estrategias de las ciencias médicas. Controlar los grupos escolares en los cuerpos resultaba jerárquicamente superior ante el imperativo de emanciparse por el estudio de las estructuras opresivas y la acción por removerlas. Pero en esa disputa hubo luchas significativas que pueden utilizarse como analizadores de época. La lucha de los feminismos actuales por la soberanía de los cuerpos conforma un eslabón crucial en la historia larga de los derechos por la emancipación no-patriarcal de mujeres y hombres.

La pedagogía es ciencia de procesos y mediaciones y no de atajos y repentinos alumbramientos, de caminos fáciles. De allí que resulte perentorio el análisis crítico de las formas que adquiere la educación emocional como el gran descubrimiento de las políticas públicas neoliberales.

Todo lo que tiene potencial de negocio es visto por el mercado con mucha anticipación. Nada hacía pensar a Shigetaka Kurita, inventor de los emojis en 1999, que sus pictogramas inspirados en el manga se iban a constituir en el vehículo de una educación emocional básica de un mundo globalizado. Existen en la actualidad 3019 emojis, distribuidos en diez categorías. La educación emocional tiene mucho hoy de experiencia emoji. En ninguna tradición del pensamiento crítico humanista se señala que la simplificación de lo complejo contribuya a la verdad y la justicia de los vínculos humanos. No obstante, se impone con fuerza exponencial, la normalización de la comunicación afectiva a través del uso indiscriminado de emoticones. Los niños aprenden las emociones básicas mirando emoticones y olvidando que la verdadera alfabetización emocional básica acontece con la lectura constante del rostro del otro humano. Una parte no menor de las conductas de pánico y ansiedad creciente obedecen a que estamos perdiendo los saberes derivados de esa lectura del rostro humano, lo cual nos deja perplejos frente a las motivaciones e intenciones en las relaciones intersubjetivas. Un cómodo neo-darwinismo digital nos ha llevado a un reduccionismo de la vida emocional, perdiendo riqueza y plasticidad y poniendo en riesgo también las propias capacidades “adaptativas” del sujeto en formación.

Un sistema ingenuamente totalizador de la insondable vida afectiva humana amenaza representar el conjunto de los sentimientos en las identidades virtuales y, tal vez, en las vidas analógicas. La escuela pública siempre ha priorizado la educación sentimental de los niños y lo ha hecho con los bienes culturales consagrados en la literatura, las ciencias y las artes visuales, musicales y dramáticas, y su íntima conexión con los contextos socio-culturales que la institución tiene por territorio. Es un grave error reducir el trabajo de la escuela a las así llamadas “emociones solemnes”, de naturaleza impersonal y colectiva, derivadas de las efemérides y el calendario de base patriótica. Con solo recordar maestras y directoras de la escuela activa abriríamos un archivo multicolor de verdaderos proyectos de aprendizaje cognitivo-afectivo-comunitario.

Cognición, afectividad y metacognición constituyen procesos vivos en el aprendizaje cotidiano. Conocemos con los cuerpos, con los sentimientos y con la razón y siempre de modos sinérgicos y combinados. Una educación sustentada en la comprensión de las vivencias de los niños despliega el conjunto de potencias que el grupo escolar contiene. Desde ellas se inician los procesos socio-afectivos de individualización, socialización y personalización.

Han variado con las décadas los descriptores básicos del dominio afectivo de los aprendizajes, pero siempre estuvieron presentes las creencias, las actitudes, los gustos, las preferencias, las sensibilidades, los valores y los sentimientos.

Las neurociencias tanto como la educación emocional, entendidas como variantes de la hegemonía de las ciencias médicas y biológicas en ámbitos educativos, disputan un bien crucial para las instituciones del capitalismo: la atención, el tiempo humano. La lucha por orientar y fijar la mirada, fidelizarla a marcas y mercantilizar la experiencia derivada constituyen procesos continuos de la vida social. Nuestra atención se vende por dinero a los anunciantes.

La pedagogía positivista del primer liberalismo orientó la producción y concentración de la atención hacia el tiempo futuro, la realización adulta de los saberes escolarizados. El ingreso a la vida adulta se alcanzaba por el progreso de una atención dirigida al objeto de conocimiento y el trabajo autónomo. La escuela pública se fundó en esa promesa y su legitimidad coincidía con las creencias sociales de época. Las políticas neoliberales de los últimos 45 años hacen foco en la construcción de una atención emocional dirigida al puro presente, de índole intermitente, descontextualizada y desmemoriada. La matriz del videojuego subyace, con su profunda ilusión de hacer fácil todo en la superficie de las cosas, como vector de un cambio de la atención humana de naturaleza “civilizatoria”. Allí se instala un sujeto que se autopercibe como empresario de sí mismo, atento a las técnicas de autoayuda y entrenamiento cerebral, multitasking y gratificación inmediata. La escuela pública se ha llenado de voces procedentes de un vocabulario tecnocrático neoliberal que combinan la biblia de las neurociencias con el calefón de la educación emocional y técnicas de autoayuda con grageas de psicología positiva de Jonathan Haidt.

Necesitamos preguntarnos con seriedad a qué políticas viene a sustituir este nuevo ciclo de la hegemonía de las ciencias médicas y biológicas. En principio, esta educación emocional pretende reemplazar una necesaria y justa política pública de cuidados, dirigida a familias, mujeres, ancianos y niños. Las largas trayectorias de escolaridad obligatoria, con el objeto de garantizar ese derecho crucial, demanda una infraestructura institucional de cuidados donde se tramita la educación sentimental entre generaciones. El cuidado como conocimiento constituye un modo activo de mirar y acompañar al otro. Está sustentado en la interdependencia socio-afectiva de dar y recibir, unir y emancipar. Sólo una política de cuidados, unida a la política de conocimientos para el conjunto social, planteará sobre bases concretas una justicia afectiva que confronte con las desigualdades multidimensionales que atravesamos como sociedad histórica.

Una estrategia de cuidados imbricada en buenos proyectos pedagógicos instala la inclusión como bien común defendido por todos. Sin cuidar las trayectorias formativas de los estudiantes, dejaremos de mirarlos y ya no podremos comprender los nuevos conflictos sociales cuyos cuerpos y presencias insisten en mostrarnos.

Esta colonización de espacios, territorios y saberes pedagógicos ha dejado heridas y daños. Se han olvidado las discusiones públicas sobre educación. No hay conversación

Educación emocional y neurociencias

sobre las tradiciones pedagógicas que nos constituyen, los conocimientos que importan transmitir y debatir, los métodos apropiados o los lenguajes de conocimiento necesarios. Sólo una carismática educación emocional, desembozadamente orientada al autogobierno de los cuerpos y gestión de los sentimientos, cubre todo el espacio de la agenda educativa. Luchar contra ese poder pastoral que, intangible, opera sobre los cuerpos constituye un programa de reapropiación de saberes consolidados y, desde ellos, de otros por venir. La emergencia de subjetividades inesperadas, de nuevos imaginarios de fraternidad y sororidad, constituyen avances significativos y vigentes aprendizajes colectivos.

Esta educación emocional resulta de interés para las empresas capitalistas no para las instituciones educativas. Es el mundo empresarial el que demanda nuevas subjetividades emocionales intervenidas, obligadas a ser feliz, atentas al trabajo colectivo y dóciles a los cambios y flexibilidades de contratos y derechos. También necesitan de un corpus emocional compatible con la interfaz de máquinas inteligentes, una suerte de sentimentalidad cyborg que acerca el cuerpo a la noción de máquina supernumeraria. Los muchos dispositivos neoliberales capturan la subjetividad y la expropian de la producción de lazo social y de la misma sociabilidad humana. Las neurociencias actúan como un rodillo homogeneizador, reasegurado por sus derivas farmacológicas y comportamentalistas. Su objetivo neurocentrista insiste en convertirnos en datos computacionales susceptibles de ser mercantilizados en el mercado de la big data, transformando la libertad humana en un sueño distópico.

Educamos personas, no cerebros. La historia es larga y recién comienza.